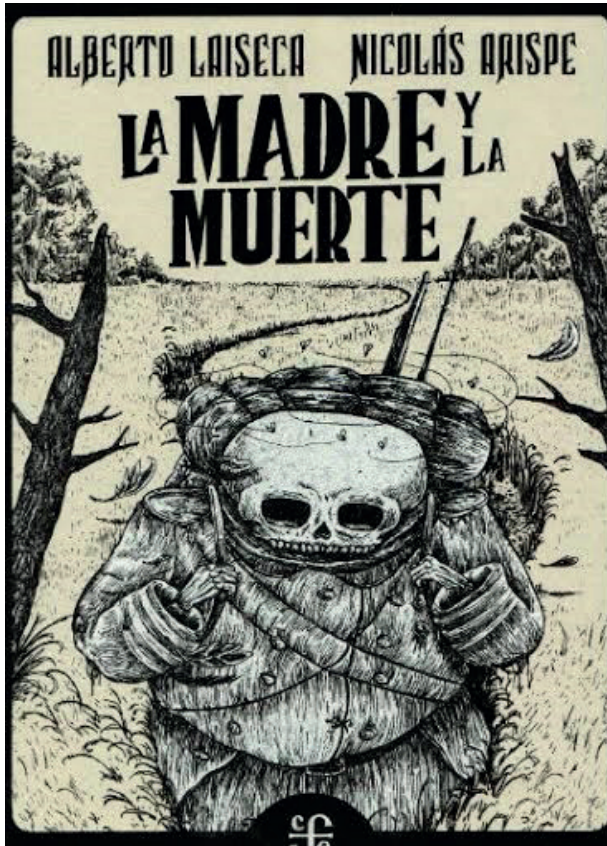


## La madre y la muerte como símbolos en la literatura infantil



**Sandra Liliana Aristizábal Jiménez**

Maestría en Pedagogía de la Literatura  
CAT Chaparral

La madre y la muerte. Alberto Laiseca y Nicolás Arispe (2015).

Como puerta que se abre al caminar por el tema de los símbolos de la madre y la muerte en la literatura en el presente ensayo, convoco el siguiente poema del escritor francés del siglo XIX Charles Baudelaire:

Es la Muerte quien consuela, ¡ay!, y quien hace vivir.

Es la meta de la vida y es la única esperanza,  
que como un elixir nos sube y nos embriaga  
y nos da ánimo para caminar hasta la noche...

Es el albergue famoso inscrito en el libro,  
donde se podrá comer y dormir y sentarse.

Baudelaire.

En esta triste tumba, duermes, oh hijo mío.  
Escucha, soy tu madre. ¡Oh, mi única esperanza!  
Despiértate, jamás has dormido tanto tiempo.

Epitafio, 1823.

Para poder iniciarnos en la composición del ensayo, nos preguntamos: ¿Qué imagen se tiene de la muerte si todos hemos de morir? Con el paso del tiempo, un esqueleto empuñando una guadaña, se ha convertido en la representación clásica de la muerte. Otros símbolos para la muerte son: el cráneo, la serpiente, la bandera a media asta, el ave Fénix, el reloj de arena, el color negro, el cuervo, una mariposa negra hallada casualmente, etc. Estos símbolos al ser presenciados evocan la temporalidad humana. Así pues, una actitud ante la muerte siempre ha sido develada por las diferentes tradiciones y los procesos de inculturación. Sabemos que la muerte llega: “Un día apareció la muerte tal como la imaginamos: flaca, apergaminada y huesuda. Una muerte clásica, digamos” (Arispe & Laiseca, 2015:3). Pero, en otros momentos se desea la muerte; por ejemplo, un enfermo terminal. Un enfermo terminal que ya no puede soportar un sufrimiento físico, con constantes crisis de insomnio pide a gritos la muerte:

Mas no podía dormir, es de mis desgracias / la más grande que mi vida apena y despecha. / Dieciséis horas por lo menos, muero, con los ojos abiertos, / revolviéndome, dando vueltas a uno y otro lado. / Sobre uno y otro costado, vocífero y grito... / ¡Misericordia! ¡Oh Dios!, no me consumas / por falta de dormir... / Vieja sombra de la tierra, también sombra del infier-

no, / tú me has abierto los ojos de una cadena de hierro, / consumiéndome en el lecho, enervado por mil puntas... / Malditas noches de invierno, noches hijas de Cocito<sup>4</sup>, / no os acerquéis a mi lecho, o bien id más deprisa. (Ariès, 1999:108)

En algunos países, el enfermo terminal puede pedir ante el Estado una muerte asistida (eutanasia), cuando no tiene perspectiva de cura. En vano llamo al día, y a la muerte suplico... / Dame, oh muerte, tus presentes en estos días que la bruma / hace los más cortos del año, o con tu rama moja. / En el arroyo de olvido, encima de mi frente estrecha, / adormece mis pobres ojos, mis gotas y mi resfriado... / Para expulsar mis dolores, tráeme la muerte. / ¡Ah, muerte! Puerto común de todos los consuelos, / ven a enterrar mis males, te lo pido con las manos juntas. (Ariès, 1999:109)

Una muerte asistida adquiere un tono familiar y muy íntimo. Permite decir adiós a cada uno de sus allegados, como si partiese para un largo viaje. Se dejan mensajes de gratitud para los amigos, los parientes y aquellos que se habían preocupado por él. La aparente indiferencia con que se abandona la vida, sin una rebelión, o la gran escena sentimental es el fruto supremo de la resignación ante lo inevitable. Pero la muerte a veces no responde a aquellos que la suplican: “Pero ella se hace la sorda y no quiere venir” (1999:109). Entonces, se da la tentación del suicidio: “«Mátate a ti mismo», le sugiere el diablo al enfermo que alza ya su puñal para matarse” (1999:110). También, desear la muerte puede adquirir un tono burlesco. En la fábula de Esopo, El viejo y la muerte, el viejo que ya había recorrido un largo camino con una carga de leña a cuestas, bastante agotado llama a la muerte. La muerte apareció y le preguntó por qué motivo la llamaba. El viejo le respondió: “Para que me llesves la carga” (1993:69[60]). En ciertos casos, quien ha visto la muerte tan cerca, puede sacar de sí, un desafío a Dios:

la joven del siglo XV, comprendió inmediatamente que iba a morir. Ha visto la muerte cerca. Se rebela, pero su rebelión no adopta sin embargo la forma de un rechazo de la muerte [...] sino de un desafío a Dios. Se hace revestir con sus más ricas galas como en el día de sus bodas, y se entrega al diablo. (Ariès, 1999:16) Con un tono festivo y lúdico, en La Danza de la Muerte, la Muerte aparece a la medianoche del Día de Difuntos y convoca a los muertos para que salgan de sus tumbas y bailen para ella mientras toca su violín. Los esqueletos bailan hasta que el gallo canta al amanecer, momento en el cual deben regresar a sus tumbas hasta el próximo año. En el baile de la muerte, lo lúdico permite una igualdad entre los hombres: la marquesa y un pobre carretero se abandonan a las delicias del amor, como si el patán fuese un barón.

La danza macabra es una ronda sin fin, donde alternan un muerto y un vivo. Los muertos dirigen el juego y son los únicos que bailan. Cada pareja está formada por una momia desnuda, podrida, asexuada y muy animada, y de un hombre o de una mujer, vestido según su condición, y estupefacto. La muerte acerca su mano al vivo a quien arrastrará, pero todavía no ha obedecido. El arte reside en el contraste entre el ritmo de los muertos y la parálisis de los vivos. El objetivo moral es recordar a un tiempo la incertidumbre de la hora de la muerte y la igualdad de los hombres ante ella. (1999:103)

Ante la igualdad de los hombres frente a la muerte, un día en que el joven santo jesuita, san Luis Gonzaga, jugaba a la pelota le preguntaron qué haría si supiera que tenía que morir: “el joven santo de la Contrarreforma respondió simplemente que continuaría jugando a la pelota” (1999:253). La presencia de la muerte puede dejar “tiempo para el aviso” (Ariès, 1999:13)<sup>5</sup>. En La madre y la muerte, la muerte le arrebató a la madre su hijo, y para lograr tal propósito, la envuelve en un sueño mágico, en un hechizo.

4.- Cocito: En la mitología griega, el Cocito (lamentación) es un río del Hades, el país de los muertos. En sus orillas vagaban como sombras errantes, durante cien años, los recientes difuntos que no podían pagar a Caronte, el barquero del Hades un óbolo. El Cocito era un afluente del Aqueronte y era alimentado por las lágrimas de los ladrones, los pecadores y de todos aquellos de mala conducta. El río Cocito delimitaba la frontera entre el reino de los vivos y los muertos, en continuidad con el Aqueronte.

5.- En el siglo XIII, “si alguien muere súbitamente entregándose a juegos usuales como el de la bola o de la pelota, puede ser enterrado en el cementerio, porque no pensaba hacer mal a nadie. Porque estaba ocupado en diversiones de este mundo, algunos dicen que debe ser sepultado sin el canto de los salmos y sin las demás ceremonias de los muertos” (Ariès, 1999:18). Morir súbitamente es “no morir por alguna causa manifiesta, sino por el solo juicio de Dios” (1999:18). El muerto no debe ser considerado maldito, sin embargo, hay que enterrarle cristianamente, con el beneficio de la duda.



Como ninguna madre deja que le arrebaten a su hijo así nomás, la muerte tuvo que pasar sus dedos huesudos por el rostro de la madre para envolverla en un sueño mágico, en un hechizo. Después, le quitó al niño y se fue. (Arispe & Laiseca, 2015:6)

La muerte es un vacío que se abre paso bruscamente en un existente, “vuelto de repente invisible como por efecto de una prodigiosa ocultación, se abisma en un abrir y cerrar de ojos en la trampa del no-ser” (Jankélévitch, 2009:19). En la trampa del no-ser, la muerte se abre paso en el río, en el bosque de espinos, la montaña.

Se dirigió enseguida hacia el río Rin. El río, a pesar de ser tan caudaloso y longevo, le teme a la muerte porque si ella quiere, lo seca. / Así que, sin más, le permitió caminar sobre sus aguas. / Cuando la muerte llegó al bosque de espinos, éste se abrió. No fuera que, sin querer, una hebra de su ropaje se atorara en una espina y la muerte lo marchitara. / Apenas la montaña de hierro y piedra vio llegar a la muerte, al instante hizo un túnel para que ella pasara. Toda montaña sabe que si la muerte quiere puede desgastarla y desaparecerla en un segundo. (Arispe & Laiseca, 2015:7-11)

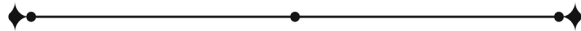
La muerte no es una interrupción rarísima del orden natural, es al mismo tiempo la ley universal de toda vida: “La muerte está a la puerta, invisible, invisible y sin embargo tan próxima. La muerte es un clavo que el más allá clava en el más acá. ¡Tan cerca y tan lejos!” (Jankélévitch, 2009:21). En algún momento la muerte tiene un rasgo premonitorio. En la fábula de Esopo, El niño y el cuervo, una madre ante la predicción del adivino sobre la muerte de su hijo pequeño por un cuervo, preparó un arca muy grande y encerró allí al niño para prevenirlo de un ataque. Todos los días, en determinadas horas, abría el arca y le procuraba su alimento. Un día que tenía la tapa levantada y le estaba colocando su manto, “el niño se asomó imprudentemente y ocurrió que así el cierre del arca se abatió sobre su mollera y lo mató” (1993:113[162]). Los dolientes ante la muerte de un ser querido, manifiestan un conjunto de sentimientos que en algunos momentos quieren salirse fuera de lo común. En La madre y la muerte, la madre sin pensarlo, salió corriendo desesperada hacia el desierto, con la esperanza de hallar a su hijo.

En poco tiempo, la muerte llegó a su casa con el niño en brazos. Entre tanto, la madre despertó de su sue-

ño mágico y supo lo que había pasado. Como todos, conocía donde vive la muerte y, sin pensarlo, salió corriendo hacia el desierto. / Al llegar a la orilla del río Rin, le suplico: “Río, déjame pasar que la muerte se ha llevado a mi niño”. “Como no, te permitiré atravesar si a cambio me das tus ojos”, le contestó el río. / Al momento, la madre se arrancó los ojos y se los dio al río. Y, ciega, atravesó sus aguas. / Tanteando, llegó al bosque de espinos y suplicó de nuevo: “Bosque de Espinos, déjame pasar que la muerte se ha llevado a mi niño”. / “Cómo no –dijo el bosque- haré un hueco para que puedas pasar, pero me tendrás que dejar tus piernas<sup>6</sup>”. Entonces, la madre se arrancó las dos piernas y atravesó el bosque. / Ciega y arrastrándose sobre sus manos, llegó hasta la montaña de hierro y piedra. “Montaña, montaña, déjame pasar que la muerte se ha llevado a mi niño”, rogaba la madre.

La montaña, que estaba de buen humor, le propuso: “Te dejaré pasar, pero a cambio te pido una insignificancia: un brazo”. / La madre se arrancó el brazo derecho y con el izquierdo atravesó la montaña, la cual se cerró apenas ella entró. / Ciega, sin piernas y con un solo brazo, la madre logró llegar al corazón del desierto, donde la muerte vivía. Al verla, la muerte se asombró como nunca. / “¡Ah! -exclamó la muerte-, en todos los miles de años que llevo haciendo esta tarea jamás he visto tal abnegación. Está bien, te devolveré a tu hijo”. Y se lo devolvió. / Pero estaba muerto. (Arispe & Laiseca, 2015:14-26)

El carácter agorero de la muerte magistralmente nos lo recuerda Walser en su obra. En tiempo de invierno, la nieve le provocaba entusiasmo y, se abría paso con



6- La muerte misma, es fuente de vida. Los cadáveres proporcionan la materia prima de remedios, pero sin carácter mágico. Así, “el sudor de los muertos es bueno para las hemorroides y las «excrecencias»; el contacto de la mano del cadáver, la fricción con esa mano de la parte enferma puede curar [...] Una serie de remedios están destinados a curar el miembro vivo por el mismo miembro muerto, el brazo por el brazo, la pierna por la pierna. El cráneo reseco alivia al epiléptico (los huesos son absorbidos en forma de decocciones de su polvo). [...] Los soldados que llevan encima el dedo de un soldado muerto se encuentran bien de salud. [...] La lista de las propiedades benéficas del cadáver llega incluso al brebaje afrodisíaco, compuesto a partir de los huesos calcinados de cónyuges y de amantes muertos. [Para preparar el] agua divina [...] se toma el cadáver entero [...] de un hombre antes en buena salud, pero muerto de muerte violenta, se lo corta en pequeños trocitos, carne, huesos y vísceras, se mezcla bien todo, y se reduce luego a líquido en un alambique. Esta agua, entre otros muchos efectos médicos, permite evaluar con certeza la esperanza de vida de un enfermo gravemente herido: en cierta cantidad de esta agua se derraman de tres a nueve gotas de la sangre del enfermo, se agita suavemente al fuego; si el agua y la sangre se mezclan bien, es señal de vida; si quedan separadas, es señal de muerte (a falta de sangre, puede utilizarse la orina, el sudor u otras secreciones). [...] ¡Carlos II bebió durante su última enfermedad una porción de cuarenta y dos gotas de extractos de cráneo humano! [...] También se cuenta que una candela de sebo humano permite encontrar tesoros ocultos” (Ariès, 1999:297-299).

dificultad y esfuerzo: “Me parecía casi que la tierra cantaba una bonita canción de Navidad y al mismo tiempo de primavera. [...] No llevaba abrigo. Consideraba la nieve un abrigo que proporcionaba un calor espléndido” (2012:237). Las campanas vespertinas cantan en medio de la espesa nieve al yacente envuelto en ella.

Era una ciudad de cuento. Qué dulces, qué blandos bajaban volando los copos, remolineantes y embarullados. Un copo de nieve me acertó en la boca como un beso proyectado hasta mí. El sombrero y el abrigo pronto quedaron blancos como la nieve, igual que todo lo que yacía y deambulaba por ahí. Las luces brillaban en medio del silencio. [...] ¡Ojalá pudiera cubrirme de nieve, yacer enterrado en ella y morir dulcemente! (2012:56)

Robert Walser salió a pasear solo en tiempo de navidad. Su amigo de paseo no pudo acompañarlo. Él se dirigió hasta Wachtenegg atravesando el bosque Rosenwald. Los caminos estaban cubiertos de nieve. Al abandonar el bosque y los árboles nevados, de repente resbala y yace bajo el cielo. Fue encontrado súbitamente por unos niños que jugaban en la nieve. Walser murió el 25 de diciembre de 1956. El consideraba a la nieve su amiga, y deseó que ella fuera su sarcófago.



Robert Walser (1878-1956).

## **Referencias Bibliográficas**

Ariès, P. (1999). El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus.

Arispe, N. & Laiseca, A. (2015). México: Fondo de Cultura Económica.

Esopo. (1993). Fábulas de Esopo. Madrid: Gredos.

Jankélévitch, V. (2009). La muerte. Madrid: Pre-Textos.

Walsler, R. (2012). Sueños. Valencia: Siruela.